

# REFLEXIONES EN TORNO A LA IDEA DEL HOMBRE COMO SER CARENCIAL: ORTEGA, GEHLEN Y SLOTERDIJK

## REFLECTIONS AROUND THE IDEA OF MAN AS A DEFICIENT BEING: ORTEGA, GEHLEN AND SLOTERDIJK

MARCOS ALONSO FERNÁNDEZ<sup>1</sup>

Universidad de Investigación de Tecnología Experimental  
Yachay

Recibido: 31-03-2018

Aceptado: 19-09-2018

---

**Resumen:** En este artículo se realiza un recorrido a la concepción del hombre como ser carencial, una idea presente en la tradición filosófica desde Platón pero que tuvo un importante repunte entre los siglos XIX y XX en el contexto del surgimiento en Alemania de la antropología filosófica. En primer lugar, expondremos la apropiación de esta concepción del ser humano como ser deficiente en Ortega y Gehlen, para pasar, en segundo lugar, a su crítica por parte de Sloterdijk. Acabaremos con una propuesta en la que se armonizan estas reflexiones con los últimos datos aportados por la ciencia paleoantropológica.

**Palabras-clave:** Antropología, ser carencial, Ortega, Gehlen, Sloterdijk.

**Abstract:** In this paper we carry out a review to the notion of man as a deficient being, an idea that can be located back in Plato, but one that had an important upsurge in the 19<sup>th</sup> and 20<sup>th</sup> centuries in the context of the emergency in Germany of the Philosophical Anthropology. In the first place, we will expose the interpretation of this notion by Ortega and Gehlen, to then turn, in the second place, to Sloterdijk's critique of this idea. We will finish with a proposal that harmonizes this reflections with the last data provided by paleoanthropology.

**Keywords:** Anthropology, deficient being, Ortega, Gehlen, Sloterdijk.

1. Marcos Alonso Fernández (marcs.alonso@gmail.com) es Doctor Europeo en Filosofía por la Universidad Complutense de Madrid. Ha disfrutado de una beca pre-doctoral y post-doctoral de la Fundación Oriol-Urquijo. Ha realizado estancias en la Università degli Studi di Torino y en la University of Oxford (en el Uehiro Centre for Practical Ethics). Actualmente es profesor de Ética y Responsabilidad Social en la Universidad Yachay Tech de Ecuador.

## 1. Introducción

En este artículo trataremos de hacer un recorrido crítico a la problemática concepción del hombre como ser de carencias. A través de la exposición de esta idea en Ortega y Gehlen, así como de su crítica más reciente por parte de Sloterdijk, intentaremos cribar lo que a día de hoy podemos salvar de esta sugerente teoría y lo que debemos desechar como resultado de ciertos excesos hermenéuticos. Como habremos de ver, la importancia de esta cuestión para la antropología filosófica no podría ser mayor, por lo que estimamos su dilucidación de gran interés.

Si bien es a raíz del proyecto de antropología filosófica surgido en Alemania a principios del siglo XX cuando esta idea del hombre como ser carencial cobra nuevas fuerzas y empieza a ser adoptada por numerosos científicos y filósofos, no deja de ser cierto que esta comprensión del ser humano es muy anterior. Autores del XVIII como Rousseau, Lessing o Herder defendieron posturas muy cercanas, y en el siglo XIX filósofos como Schopenhauer o Nietzsche recuperaron a su manera esta idea. Pero incluso podríamos remontarnos a Platón y ver cómo en el *Protágoras* el mito de Prometeo y Epimeteo ya apunta claramente a esta idea del hombre como un ser carente respecto del resto de animales.

No obstante, como decíamos, es entre finales del siglo XIX y principios del XX cuando esta teoría del hombre como animal deficitario resurge con nuevas fuerzas. La razón para ello está claramente en la irrupción del darwinismo en las ciencias biológicas, un terremoto que acabó llegando al ámbito de lo humano, cuestionando muchas de las concepciones antropológicas más asentadas. Sin embargo, mientras que la teoría de la evolución y su adaptacionismo pareció aplicarse fácilmente al resto de seres vivos, con el hombre encontró desde el principio un escollo difícil de superar. El ser humano no parecía plegarse a la teoría de la evolución por selección natural, al menos a sus formas más simplistas. Frente al resto de animales, el hombre parecía un ser pobremente preparado para la supervivencia; y si efectivamente sobrevivía esto se debía no tanto a su capacidad para adaptarse al entorno, como a su capacidad para adaptar y transformar su entorno. En este contexto, las teorías sobre la constitución carencial del hombre y su correlato de la cultura como prótesis u ortopedia encontraron un caldo de cultivo inmejorable.

## 2. Ortega y el hombre como ser carencial

Si estudiamos el pensamiento orteguiano comprensivamente, es claro que esta teoría, que Ortega con toda seguridad recibió del ambiente cultural alemán, cuajó en su propuesta filosófica con relativa facilidad.

Varios intérpretes han señalado la presencia de este tema del hombre como ser carencial en el filósofo madrileño, como Benavides (1988), Bueno (2001), o Diéguez (2014). Este último comentará, en la misma línea que apuntábamos antes, que “La idea del hombre como animal enfermo contaba para entonces con una larga tradición (Rousseau, Hegel, Schopenhauer, Nietzsche, Lessing, Unamuno)”<sup>2</sup>. Benavides convendrá en la influencia de Lessing, así como la de Schopenhauer y Nietzsche, a la que añade la de Bergson<sup>3</sup>. Sin embargo, este intérprete entenderá que los autores que más influyen a Ortega en esta idea del origen teratológico del hombre son los neoevolucionistas Dacqué, Westenhöffer y Klaatsch<sup>4</sup>, quienes habían aceptado “la teoría de la evolución, atacando, sin embargo, a partir de ella, la doctrina darwinista del origen del hombre. O, más bien, han encontrado una vía de pensamiento para aceptarla y, al mismo tiempo, cambiarla en su contraria”<sup>5</sup>; una posibilidad que debió de resultar enormemente atractiva para Ortega.

Una última fuente sobre esta problemática es Goldschmidt, el autor al que Ortega se refiere explícitamente: “Ortega a quien cita al respecto es al biólogo Richard Goldschmidt, el promotor de la figura conceptual de los “monstruos prometedores”, o monstruos propicios (*hopeful monsters*)”<sup>6</sup>. La influencia de este biólogo es especialmente significativa, pues como explica Benavides “La teoría de Goldschmidt venía, pues, a reforzar su frenético intento de ‘positivar’ el hecho biológico de la inadaptación y las carencias en el hombre”<sup>7</sup>. Según la teoría biológica de Goldschmidt, el desarrollo ocurre “porque determinados individuos de una especie tenían faltas o carencias, no se adaptaban al ambiente de su momento, pero cierto día, al transformarse este ambiente -y por ello precisamente- esos individuos con fallos se adaptaban de inmediato al nuevo ambiente” (Ortega, VI 816-817)<sup>8</sup>. Estos seres, entre los que podemos adivinar que Ortega cuenta al hombre, eran “monstruos promisoros” (VI 817).

En cualquier caso, basta con realizar un breve recorrido por la obra de Ortega para ver algunas de las formas que toma esta idea de la cons-

2. DIÉGUEZ LUCENA, A. “La acción tecnológica desde la perspectiva orteguiana: el caso del transhumanismo”. *Revista de Estudios Orteguianos*, (Madrid) n° 29, 2014, p. 136.

3. BENAVIDES LUCAS, M. *De la ameba al monstruo propicio. Raíces naturalistas del pensamiento de Ortega y Gasset*. Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 1988, p. 352.

4. BENAVIDES LUCAS, M. *De la ameba al monstruo propicio*, op. cit., pp. 344-345.

5. BENAVIDES LUCAS, M. *De la ameba al monstruo propicio*, op. cit., p. 346.

6. DIÉGUEZ LUCENA, A. “La acción tecnológica desde la perspectiva orteguiana: el caso del transhumanismo”. *Revista de Estudios Orteguianos*, (Madrid) n° 29, 2014, p. 136.

7. BENAVIDES LUCAS, M. *De la ameba al monstruo propicio*. op. cit., p. 353.

8. Para las obras de Ortega citaremos haciendo referencia al tomo de las *Obras completas*

titución carencial del ser humano. Una de las principales vías en las que aparece esta idea es a través de la crítica al darwinismo y particularmente a propósito de su crítica al adaptacionismo. Es innecesario referir los innumerables lugares de la obra orteguiana en los que aparece este leitmotiv de cuño también nietzscheano, pero es significativo que en uno de los primeros escritos de Ortega, el artículo *Las fuentes de Nuremberga*, podamos ya leer la siguiente referencia a la teoría biológica de M. Quinton:

Un naturalista francés, cuyo nombre no recuerdo, ha iniciado una teoría nueva para explicar el triunfo de unos seres sobre otros y de unas cosas sobre otras. Según él, no alcanza la victoria en la lucha por la existencia el tipo mejor adaptado al medio, sino, por el contrario, el que posee energía suficiente para perdurar tal y como es a través de medios que se modifican. De esta suerte, el retablo maravilloso de la lucha por la existencia vendría a transformarse en el retablo maravilloso de la lucha por la consistencia (II 14).

Las críticas al adaptacionismo se repetirán una y otra vez en las obras de Ortega, unas críticas en las que podemos notar con fuerza la influencia del biólogo J. von Uexküll y de la corriente neovitalista en general. Pero para encontrar un desarrollo específico tenemos que avanzar a 1925, donde encontramos un breve texto titulado *La querrela entre el hombre y el mono*, donde Ortega propone una arriesgada, aunque interesante, hipótesis sobre la inadaptación y arcaísmo humanos. En este texto Ortega refiere la teoría de Westenhofer, quien defiende que el mono desciende del hombre (IV 151), y que aquél es, por tanto, el animal biológicamente más evolucionado: “el mono es un animal que somáticamente ha progresado más que el hombre” (IV 155); como puede verse por ejemplo respecto de la dentadura (Cf. VI 316), que en el hombre demuestra “una extrema inadaptación en función tan decisiva como la alimenticia” (IV 154). Ésta y otras inadaptaciones, dirá Ortega, fue lo que llevó al hombre a ser expulsado de la selva y los árboles por los simios más evolucionados (IV 156). Por este motivo Ortega llega a la conclusión de que la especie humana es “una casta que ha sobrevivido a su inadaptación y a su retraso biológico; una raza arcaica, tenaz y somáticamente conservadora” (IV 155), y según esta teoría “Sería el hombre un caso extremo de resistencia a la variación, una especie retardataria e inadaptada, extrañamente detenida y fijada: en cierto modo, un estancamiento biológico y un callejón sin salida de la evolución orgánica” (IV 152). La referencia principal en este caso es el antropólogo Klaatsch, de quien refiere la siguiente idea:

... lo sorprendente del hombre no es su progresiva adaptación, sino al revés, su conservatismo, la tenacidad con que ha retenido y salvado elementos sumamente an-

(Ortega y Gasset, José. *Obras completas*. Tomos I-X. Madrid: Taurus, 2004-2010) en numeración latina seguido del número de página correspondiente.

*Thémata. Revista de Filosofía* N°58 (2018) pp.: 35-48.

tiguos que las demás especies han perdido. La mano es uno de los grandes atributos del hombre. En combinación con el cerebro, ha hecho de él la bestia industriosa que fabrica instrumentos, el *homo faber*, o, como Franklin solía llamarle, *animal instrumentificum*. Según esto, lo maravilloso no sería tanto la existencia de la mano, sino la conservación de semejante antigualla zoológica. (IV 154)

Ortega ya en su época tenía muchas dudas sobre estas teorías, y como se explica al final de *La querrela entre el hombre y el mono*, el filósofo español no cree que esta teoría de la inadaptación sea claramente superior a la más asentada que entiende que tanto el hombre como el mono descienden de otra especie (la teoría de Haeckel, a quien también menciona Ortega (IV 152)); pero cree que es bueno plantear teorías alternativas que pongan en cuestión las establecidas: “Conviene, conviene la herejía -como en la Iglesia- en la ciencia” (IV 156). Más allá del acierto de estas teorías, lo relevante es comprender la importancia que estas cuestiones habían llegado a tener para el pensador español y su filosofía. Entender cómo había surgido ese paradójico ser vivo que es el hombre se convirtió para Ortega en “uno de los temas más apasionantes que existen” (IX 1352). Sin embargo, esta misma formulación del problema ya suponía enmarcarse inevitablemente en un paradigma evolucionista, algo que el joven Ortega nunca habría podido aceptar; y que sólo aceptó cuando el propio darwinismo y la teoría evolucionista abandonó ciertas posturas simplistas y fue haciéndose cargo y superando algunas de las críticas que se le lanzaron.

En todo caso, la solución por la que optó Ortega nunca fue la de un evolucionismo tajante y simplista, sino la de un evolucionismo complejo y ambiguo. Y lo que le permitió conjugar cierto evolucionismo con su crítica al adaptacionismo, defendiendo a su vez la posición peculiar y única del hombre, fue precisamente su apropiación de la teoría del hombre como ser deficitario o carencial. Uno de los textos más representativos de esta problemática es el titulado como *El mito del hombre allende la técnica*. El propio título ya nos sugiere que cualquier intento de comprender al hombre sin la técnica es puro mito, ya que el hombre es técnico de manera esencial y su origen no mítico reside precisamente en la técnica, algo que Ortega volverá a repetir al principio del texto (Cf. VI 812). Esta condición mítica, probablemente obedezca, como ha explicado Lasaga<sup>9</sup>, a la imposibilidad que Ortega veía en la ciencia para aprehender este origen, imposibilidad que, sin embargo, hoy en día ya no es tal.

*El mito del hombre allende la técnica* pone en relación la particular animalidad del hombre con su condición eminentemente técnica. El hombre es técnico precisamente porque no pertenece completa y perfecta-

9. LASAGA MEDINA, J. “Animal humano: el paso de la técnica”. *Revista Internacional de Tecnología, Conocimiento y Sociedad*, Vol. 2, n° 1, 2013, p. 65.

mente a este mundo, lo cual Ortega explicará por lo que él denomina un extrañamiento: “Esta situación doble, ser una parte de la naturaleza y sin embargo estar precisamente el hombre frente a ella, sólo puede producirse mediante un *extrañamiento*” (VI 813). Este extrañamiento no es otra cosa que una “anomalía negativa, es decir, enfermedad, destrucción de la regulación natural de tal ser” (VI 813-814). Los seres enfermos e inadaptados suelen morir y desaparecer, pero he aquí que tenemos “un ser, el cual, considerado desde el punto de vista de la naturaleza, ha enfermado, pero que no ha muerto, sino que intenta, enfermo, seguir viviendo, lo cual ha conseguido al menos por un tiempo” (VI 814). El hombre pudo contraer una enfermedad que no llegó a matarle pero que dejó como secuela una hipertrofia de los órganos cerebrales. El hombre, dirá Ortega, es un ser imposible, pero real.

La famosa y repetida frase de *Historia como sistema*, según la cual “*el hombre no tiene naturaleza, sino que tiene... historia*” (VI 73) también encaja dentro de esta discusión, y apunta al mismo problema que venimos comentando. No obstante, como estamos viendo, esta idea no constituye una rareza del pensamiento de Ortega, sino que el filósofo español está siempre pensando en torno a estos problemas, y las distintas fórmulas que utiliza apuntan siempre a lo mismo: desde la menesterosidad de la vida humana, la cual para Ortega es “por naturaleza defectuosa, menesterosa, fallida” (IV 588), a la afirmación de que “Ontológicamente, el hombre es un muñón” (IX 539), una idea que Ortega veía ya en Platón (Cf. IV 340), a quien radicaliza hasta el punto de afirmar que “el hombre es la insuficiencia viviente” (IV 341). Es cierto que el filósofo español tiene también formulaciones mucho más moderadas y menos provocativas de su tesis, como la siguiente cuando comenta que “la verdadera naturaleza del hombre es más amplia y que consiste en tener dotes, pero también en tener faltas” (IV 340). Pero en todo caso, es claro que en la propuesta orteguiana existe una clara referencia implícita y muchas veces explícita a la concepción del hombre como ser carencial, una concepción que además jugaba un papel fundamental dentro de su metafísica de la vida humana.

### **3. Gehlen y la radicalización del hombre como ser carencial**

Más allá de la forma concreta en que haya que entender su apropiación por parte de Ortega, es claro que el supuesto antropológico del hombre como ser de carencias estuvo operando a lo largo de toda su obra, y especialmente en su madurez. No obstante, si hay un autor del siglo XX que constituye el mejor y más claro representante de esta postura, ese es sin duda A. Gehlen

En su decisiva obra *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*, Gehlen dice explícitamente que “el hombre es el animal todavía no

acabado”<sup>10</sup>, una idea que repetirá en diferentes formulaciones respecto del hombre, al que entenderá como ser carencial<sup>11</sup>, ser no-especializado<sup>12</sup> o ser inadaptado<sup>13</sup>. Incluso en un determinado momento Gehlen se pregunta “¿cómo puede mantenerse en la vida un ser tan desvalido, necesitado y expuesto?”<sup>14</sup>, llegando a afirmar que la clave respecto del hombre está en explicar “cómo puede vivir un ser monstruoso”<sup>15</sup>. El pensador alemán advertirá que esta definición del hombre como “ser de carencias” es una definición comparativa frente al animal, no una definición esencial del hombre<sup>16</sup>. Sin embargo, la reiteración de esta fórmula en la explicación gehleniana, así como la importancia que tiene en su planteamiento, nos obliga a entenderla como la idea central de Gehlen sobre el ser humano.

Las fuentes de este autor se encuentran en los entonces incipientes trabajos de L. Bolk y su teoría de la neotenia, y en los de O. H. Schindewolf y su teoría de la proterogénesis; si bien su verdadero precursor, como el mismo Gehlen reconoce, es Herder. En cualquier caso, como ya vimos respecto de Ortega, la influencia del darwinismo en las aproximaciones científicas al hombre había creado las condiciones muy favorables a este tipo de teorías. Gehlen, de manera más abierta y menos ambigua que Ortega, adopta sin reservas la teoría del hombre como ser de carencias, llegando a situarla como eje de su planteamiento filosófico. En todo caso, y a pesar de la crítica que ahora haremos, hay que valorar la productividad antropológica y filosófica de este planteamiento. Como explica Blumenberg, “Hablar del ser humano como un ser con carencias sustituyó a la concepción de que lo especial del ser humano está en sus dotaciones adicionales, en sus rasgos y capacidades incluso excedentes”<sup>17</sup>, y de este modo la pregunta ¿qué es el ser humano? Se transformó en ¿cómo es posible el ser humano?: “lo único que se puede y hay que preguntar todavía es cómo es capaz de existir el ser humano. La productividad de este planteo se basa en haber descubierto que en ninguna otra especie de sistemas orgánicos la supervivencia

10. GEHLEN, A. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*. Salamanca: Sígueme, 1980, p. 18.

11. GEHLEN, A. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*, op. cit., pp. 35-36.

12. GEHLEN, A. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*, op. cit., p. 37.

13. GEHLEN, A. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*, op. cit., p. 39.

14. GEHLEN, A. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*, op. cit., p. 20.

15. GEHLEN, A. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*, op. cit., p. 40.

16. GEHLEN, A. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*, op. cit., p. 22.

17. BLUMENBERG, H. *Descripción del ser humano*. Trad. Griselda Mársico. Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2011, p. 391.



es tan poco obvia como en éste”<sup>18</sup>. Una idea que el propio Blumenberg remarca en el siguiente texto:

Ahora bien, lo que tenemos aquí, en la transferencia de la teoría evolutiva darwinista en el sentido más lato al ser humano, es un fallido de primer nivel. Y es un fallido inevitable, porque tal transferencia pasa por alto que la posibilidad de existencia del ser humano está definida en lo biológico precisamente por el hecho de que el ser humano fue capaz de desactivar los factores de su propia evolución. Lo logró compensando una situación inicial que probablemente no tenía salida con la creación de una zona cultural alrededor del cuerpo propio desnudo. Esta zona cultural, repleta de herramientas y de todo tipo de seguros de vida de índole institucional y material, es la que contrarresta el ataque de los mecanismos selectivos al sistema orgánico mismo. El ser humano está domesticado *indirectamente*: creó primero la casa cuyo animal doméstico pudo ser a continuación<sup>19</sup>

Blumenberg conviene en este punto básico con Ortega, Gehlen y toda la tradición defensora de la condición carencial, deficitaria e inadaptable del ser humano, afirmando que “La domesticación del ser humano es entonces la desactivación y suspensión del proceso biológico por el que surgió”<sup>20</sup>. Sin embargo, Blumenberg criticará el hecho de que este tipo de teorías “pretenden hacer que el ser humano empiece completamente de cero”<sup>21</sup>. Frente a esta inadaptación y carencia total, Blumenberg entiende que la teoría de P. Alsberg sobre el hombre como animal fugitivo es más plausible. Blumenberg dirá que “La diferencia decisiva es si tal regresión puede producirse aun por la desaparición paulatina de especificaciones obsoletas, como lo supone Alsberg para el animal fugitivo, o si más bien se la puede explicar por el haberse detenido en una etapa primitiva de ontogénesis como pretende Bolk”<sup>22</sup>. La teoría de Alsberg adoptada por Blumenberg entiende que fue el cambio de biotopo, de la selva a la sabana, el desencadenó los cambios que dieron lugar al hombre, no una inmadurez constitutiva propia del desarrollo humano.

La crítica de Blumenberg, como habremos de ver, acierta al negar la posibilidad de que el punto de partida pueda ser algo así como una enfermedad o inadaptación radical. Sin embargo, su propuesta positiva, en la que se intenta anteponer la cuestión del bipedismo a la retardación en el desarrollo, es también insuficiente y no consigue articularse en una pers-

18. BLUMENBERG, H. *Descripción del ser humano*, op. cit. p. 162.

19. BLUMENBERG, H. *Descripción del ser humano*, op. cit. Pp. 402-403.

20. BLUMENBERG, H. *Descripción del ser humano*, op. cit. p. 403.

21. BLUMENBERG, H. *Descripción del ser humano*, op. cit. p. 417.

22. BLUMENBERG, H. *Descripción del ser humano*, op. cit. p. 427.



pectiva más amplia que permita entender conjuntamente estos factores, como intentaremos esbozar en los siguientes párrafos.

#### **4. La crítica de Sloterdijk a la idea del hombre como ser carencial**

Otro filósofo alemán más reciente ha criticado de manera más radical esta concepción del hombre como ser carencial. En un capítulo de *Esferas III* titulado apropiadamente “La ficción del ser-de-carencias”, P. Sloterdijk ha tratado de desmontar esta teoría desde sus mismas raíces históricas. Para Sloterdijk, la vuelta de la concepción del hombre como animal deficitario no es más que “la operación fundamental del conservadurismo rearmado con métodos gehlenianos: la determinación del *homo pauper* mediante una antropología profundizada de la carencia”<sup>23</sup>. La tesis de Sloterdijk sería que, ante la bonanza económica generalizada y el aumento exponencial de bienestar entre los siglos XIX y XX, “la interpretación del mundo a la luz del prejuicio de la carencia se situó en una posición poco plausible”<sup>24</sup>. Algo en lo que este autor insistirá un poco después al decir que:

El esfuerzo más ambicioso del conservadurismo indigente frente al giro a una civilización del bienestar consistió, sin embargo, en colocar más en lo profundo los fundamentos conceptuales de la ontología de la carencia. Esto sólo pudo suceder haciendo de la carencia una especie de esencia negativa<sup>25</sup>

Para Sloterdijk, Gehlen se habría convertido en el vocero de una burguesía conservadora cuya ideología se había tornado problemática: “Su idea común [la de Gehlen y Herder] del ser humano como ser de carencias satisface la nueva necesidad del pesimismo burgués de reemplazar el dogma -devenido invendible entre los cultos- del pecado original por la tesis, mucho más atractiva, de la carencia original”<sup>26</sup>. Esta tesis, reveladora de la fuerte impronta nietzscheana de Sloterdijk, no parece suficiente como explicación, y desde luego es difícil aceptar que pueda esgrimirse como la causa principal para que autores como Gehlen, o antes Ortega, recuperaran esta idea del hombre como ser carencial. A nuestro juicio, la causa principal está en ciertos descubrimientos científicos respecto de la condición humana, que venían a incidir de manera más precisa y concreta en algunas intuiciones antropológicas que, como ya apuntamos, sobrevolaban el panorama filosófico desde

23. SLOTERDIJK, P. *Esferas III. Espumas*. Traducción Isidoro Reguera. Madrid: Siruela, 2014, p. 531.

24. SLOTERDIJK, P. *Esferas III. Espumas*, op. cit. p. 529.

25. SLOTERDIJK, P. *Esferas III. Espumas*, op. cit. p. 530.

26. SLOTERDIJK, P. *Esferas III. Espumas*, op. cit. p. 535.

Platón. Por eso, el que Sloterdijk aluda a las investigaciones sobre la neotenia como meras “intelecciones biológicas de incitante novedad”<sup>27</sup> supone un error por la aparente poca importancia que se le otorga a las mismas en la génesis de las tesis gehlenianas y orteguianas.

Es cierto, no obstante, que la apropiación que Gehlen hace de estos datos biológicos es problemática. Sloterdijk defiende que en Gehlen subyace un “resto idealista” que “se muestra en un antibiologismo escrupulosamente cultivado, que llega hasta la negación de dotaciones instintivas efectivas en el *homo sapiens*”<sup>28</sup>. Si bien Sloterdijk acierta en criticar las exageraciones de Gehlen, no deja de ser también exagerado calificar al antropólogo alemán de antibiologicista, cuando precisamente todos sus desarrollos se asentaban en estos datos biológicos respecto del ser humano que la nueva biología estaba aportando por aquella época. La clave está en que la biología humana no deja de ser una biología muy peculiar, hasta el punto de poder calificarla de paradójica, como veremos.

En cualquier caso, es claro que esta concepción del hombre como ser carencial o deficitario incurre en un grave error de perspectiva. Pues de igual modo que tendemos a estudiar a los demás seres vivos desde nuestras categorías humanas (como denunciaba von Uexküll), no es menos cierto que en ocasiones también estudiamos nuestra propia biología humana desde las categorías específicas del resto de animales. Que el hombre no tenga grandes garras o un frondoso pelaje, no quiere decir que sea un animal carente. Esta carencia sólo puede observarse imponiendo las categorías particulares de otro animal al hombre. Pues el ser humano *sí tiene* muchas características, *no es carencial* en un sentido absoluto. Del mismo modo que se dice que el hombre es carencial respecto del tigre porque este posee garras y el hombre no, podríamos decir que el tigre es carencial respecto del hombre porque el hombre posee manos y dedos, y el tigre no. Cada uno tiene la morfología y estructura corporal que necesita para su vida, y decir que uno u otro es carencial en un sentido absoluto carece en último término de sentido. Además, como varios autores han puesto de manifiesto, el hombre no está tan poco especializado como parece, pues como explica Campillo “El aumento del volumen del cerebro es una especialización como la de cualquier otro órgano”<sup>29</sup>. El hombre, por tanto, debe considerarse un éxito vital, no un ser enfermo o deficitario. Exitoso en sentido diferente al del resto de animales, exitoso, incluso, en un sentido que podríamos considerar paradójico, pero exitoso, al fin y al cabo.

Por eso hay que criticar duramente las ideas de Gehlen a este respecto. No es verdad que el hombre tenga “una *physis*, que contradice todo

27. SLOTERDIJK, P. *Esferas III. Espumas*, op. cit. p. 532.

28. SLOTERDIJK, P. *Esferas III. Espumas*, op. cit. p. 532.

29. CAMPILLO ÁLVAREZ, J. E. *La cadera de Eva. El protagonismo de la mujer en la evolución de la especie humana*. Barcelona: Editorial Crítica, 2007, p. 143.

tipo de ley orgánica bien acreditada entre los animales”<sup>30</sup>. Esta idea, que apunta a la peculiar y hasta paradójica forma de vivir humana, es totalmente exagerada en los términos en que Gehlen la presenta. Este autor, pese a ser un gran conocedor y reivindicador de los datos científicos que sobre el hombre se tenían en su época, no fue capaz de captar la sutileza de la morfología y forma de vida humana, que es todo menos carente. Gehlen afirma en *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo* que, “visto morfológicamente, el hombre no tiene prácticamente ninguna especialización”<sup>31</sup>, e incluso concretando esta tesis afirma que:

... morfológicamente, el hombre, en contraposición a los mamíferos superiores, está determinado por la carencia que en cada caso hay que explicar en su sentido biológico exacto como no-adaptación, no-especialización, primitivismo, es decir: no-evolucionado; de otra manera: esencialmente negativo. Falta el revestimiento de pelo y por tanto la protección natural contra la intemperie; faltan los órganos naturales de ataque pero también una formación corporal apropiada para la huida<sup>32</sup>

Esta descripción, sin ser completamente falsa, es incompleta y parcial, dejando fuera la clave positiva del ser humano. La falta de pelo a la que alude Gehlen no es una simple carencia, una pura negatividad, sino que también es algo en un sentido positivo: es la piel, el lugar del tacto preciso, de la caricia y la sensualidad, así como un medio señalizador y expresivo importantísimo para el ser humano. La carencia de garras o dientes afilados tampoco es una pura negatividad, una mera carencia: la mano y el tracto vocal humano tienen funciones específicas, especializadas y concretísimas que no es necesario desarrollar aquí. Desde esta perspectiva, la presunta condición carencial del ser humano se revela como su contrario: una superabundancia de especializaciones, un exceso, si cabe hablar en este sentido, de funciones, las cuales se dan de modo increíblemente complejo y conjugado. El ser humano es un ser vivo único y peculiar, pero no por su negatividad, o al menos no exclusiva ni principalmente por su negatividad, sino de igual o más importante modo por su positividad.

Como explica J. B. Fuentes esta particular forma de ser animal que tiene el ser humano se manifiesta precisamente en la forma que tiene de relacionarse con su entorno, en su modo único de abrirse a la realidad, una apertura al mundo, en la que se hace “visible’ la *radical novedad y singularidad ontológica* de la morfología operatoria y sensorial viviente capaz de poner en marcha y sostener dicha forma de apertura, una morfología ésta que resulta ya ciertamente *inconfundible*, esto es, *inconmensurable*, con la de cualquier

30. GEHLEN, A. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*, op. cit., p. 18.

31. GEHLEN, A. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*, op. cit., p. 37.

32. GEHLEN, A. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*, op. cit., p. 37.

otro organismo”<sup>33</sup>. Esta forma de apertura se apoya en esa concreta “morfolo- gía operatoria y sensorial viviente” exclusiva del ser humano a la que se refiere Fuentes, y que este autor describe en los siguientes términos:

... su morfología operatoria *manual*, capaz de fabricar ese mundo habitable de objetos que sostiene, a modo de endoesqueleto suyo, la vida social triposicional de la que hemos hablado; de su morfología operatoria no ya meramente “*bípeda*”, sino bípe- da en cuanto que sostén de su condición “*erguida*”, esa condición que permite dirigir la sensibilidad perceptiva, y muy en especial la visual, y por tanto ya la imaginación, precisamente más allá de todo horizonte geográfico posible -en la dirección de la “ter- cera posición”-; la morfología operatoria *bucal y supralaríngea*, que permite proferir ese tipo de sonidos cuya articulación sintáctica reproduce y así representa y por ello sostiene la estructura asimismo sintáctica de la vida social triposicional, y, por fin, esa morfología operatoria en la que asimismo consiste el *rostro humano*, completa- mente inconfundible con el bulto facial de otros animales, un rostro que precisamente permite la personación corpórea responsable de unos ante otros<sup>34</sup>

Volviendo a Sloterdijk, este autor acierta, por tanto, cuando afirma tajantemente que “Es absurdo describir la escena primordial de la forma- ción del hombre como aparición de una criatura incapaz para la vida”<sup>35</sup>. Defender esta postura, al menos en estos términos, sería imposible por cuanto un ser incapaz para la vida simplemente se extinguiría, como ha ocurrido innumerables veces con tantas y tantas especies. Por ello, la úni- ca conclusión posible respecto del hombre es que “sus propiedades evoluti- vamente favorecidas no pueden interpretarse como expolios; al contrario, tendrían que poseer virtudes preponderantemente cualificadoras o, por hablar con Darwin, *fitness*-acrecentadoras”<sup>36</sup>. El filósofo alemán lo descri- be inmejorablemente cuando afirma que:

El refinamiento de la imagen somática que ofrece el homo sapiens hay que pen- sarlo, en realidad, como dependiente de una tendencia estable a largo plazo, que sólo pudo tener éxito sobre la base de un ensamblaje de factores biológicos y culturales. Este tirón de desarrollo sólo puede entenderse como un efecto de incubadora autofor- talecedor, que convierte tanto a los jóvenes como a los individuos adultos de la especie en beneficiarios de una tendencia confortante, cerebralizante e infantilizadora. Ésta se impone sin que por ello fueran menoscabadas a largo plazo y arriesgado neoténica- mente. La historia de éxitos de la *symbolic species* no podría haber resultado tal como se presenta desde la restrospectiva hoy posible, si, de acuerdo con su rasgo fundamen- tal, no hubiera conducido a un ensamblaje productivo de refinamientos somáticos y

33. FUENTES ORTEGA, J. B. “La teoría del origen trófico del conocimiento de Ramón Turró: un ensayo sobre su trasfondo histórico-filosófico y sus posibilidades de desarrollo teórico en el sentido de una concepción (neo)aristotélica de la vida”. *Psicología Latina*, vol. 1, 2010, p. 67.

34. FUENTES ORTEGA, J. B. “La teoría del origen trófico del conocimiento de Ramón Turró...”, op. cit., pp. 67-68.

35. SLOTERDIJK, P. *Esferas III. Espumas*, op. cit. p. 533.

36. SLOTERDIJK, P. *Esferas III. Espumas*, op. cit. p. 533.

fortalecimientos psiconeuro-inmunológicos y técnicos<sup>37</sup>

De este modo, como bien explica Sloterdijk, más bien deberíamos reconocer “el acierto evolutivo de las morfologías humanas”<sup>38</sup>, entendiendo que:

El ser humano no acude a la cultura y a sus instituciones para transformarse de un ser biológicamente imposible en una criatura de algún modo apta aún para la vida; más bien procede de las circunstancias de su generación y educación de tal modo que se aprovecha de su privilegio singular de incubadora hasta en sus más íntimas dotes somáticas, en su capacidad cerebral, su sexualidad, sus estructuras inmunes, su desnudez. Su fortaleza se expresa en el privilegio de su elevada fragilidad. En otras palabras, el *homo sapiens* no es un ser de carencias que compensa su pobreza con cultura, sino un ser de lujo<sup>39</sup>

La introducción del lujo como factor decisivo de lo humano recuerda poderosamente a Ortega y su defensa de la condición suntuaria de la vida humana, así como su comprensión de las necesidades humanas como necesidades superfluas. De ahí que este problema en Ortega sea más ambivalente y menos claro que en Gehlen, ya que para el pensador alemán la condición carencial del ser humano no es, como era en Ortega, una hipótesis explicativa ni se encuentra contrapesada por otros factores, sino que es la condición que define de manera decisiva al ser humano. Este extremismo es lo que lleva a Sloterdijk a criticar a Gehlen el que, dentro del relato del origen del hombre como ser debilitado “queda completamente oscuro, sin embargo, cómo un ser vivo puede haber llegado por evolución natural a sus carencias iniciales”<sup>40</sup>

Sin embargo, aquí es donde Sloterdijk lleva su crítica demasiado lejos y es incapaz de reconocer el acierto parcial de las teorías sobre el ser humano como animal carencial. Pues lo cierto es que, a diferencia de Gehlen y su época, hoy sí tenemos hipótesis científicas plausibles sobre cómo pudo llegar el hombre a ser, al menos en un sentido parcial, un ser deficitario. La clave está en las inmaduras crías humanas, de las que sí puede afirmarse sin ambages que constituyen una anomalía por su menesterosidad e invalidez. Si bien el ser humano no puede entenderse con propiedad como un ser carencial -con más justicia habría que llamarlo un ser superabundante-, en lo tocante a las crías humanas esta descripción sí tiene cierta justificación. Sería imposible abordar este problema suficientemente en el espacio de unas pocas

37. SLOTERDIJK, P. *Esferas III. Espumas*, op. cit. p. 534.

38. SLOTERDIJK, P. *Esferas III. Espumas*, op. cit. p. 534.

39. SLOTERDIJK, P. *Esferas III. Espumas*, op. cit. p. 534.

40. SLOTERDIJK, P. *Esferas III. Espumas*, op. cit. p. 533.

líneas, pero seguramente sí sea útil aportar al menos algunas ideas clave que puedan aclarar el problema que venimos discutiendo.

## 5. Algunos datos paleoantropológicos sobre la neotenia y la prematuridad humana

El factor decisivo para entender esta inmadurez de las crías humanas y su carácter deficitario y carencial es el parto prematuro al que se vio obligado a recurrir el *homo sapiens* para sobrevivir. Sólo gracias a esta explicación se puede conjugar la importancia que Blumenberg reclamaba para la bipedestación con el papel decisivo que los paleoantropólogos reclaman en las últimas décadas para la reproducción humana, verdadero punto diferencial entre el ser humano y el resto de animales. Desde hace años las investigaciones paleoantropológicas han ido paulatinamente reconociendo la importancia decisiva de la peculiar reproducción humana, produciéndose, como explica J. San Martín, “el gran cambio en la actualidad, el cambio de paradigma de la dieta (la boca) a la reproducción”<sup>41</sup>. Ya Gehlen, basándose en las investigaciones de Bolk, había apuntado al punto clave al afirmar que “el recién nacido es una especie de parto prematuro «fisiológico»”<sup>42</sup>. Este autor explicará que:

Frente a este estado de cosas, la ontogénesis humana tiene una ubicación absolutamente especial dentro de los vertebrados. En el momento de su nacimiento, el hombre tiene un peso cerebral que es aproximadamente tres veces mayor que el de los antropoides recién nacidos y un peso corporal proporcionalmente superior (unos 3.200 gramos, frente a los 1.500 del orangután)<sup>43</sup>

Años después muchas otras investigaciones han reforzado esta idea. Campillo por ejemplo explica que “el parto normal de una mujer es un parto prematuro a escala zoológica<sup>44</sup>, y que la clave está en que “las crías de homínidos (como nuestros hijos hoy) nacían con un elevado grado de inmadurez, casi un año antes de lo que les correspondía”<sup>45</sup>. Un año de retardo que Ghelen acertadamente señala como crucial: “Este «año prematuro extrauterino» tiene una importancia fundamental”<sup>46</sup>. Desde esta perspectiva, el nacimiento

41. SAN MARTÍN SALA, J. *Antropología filosófica I. De la antropología científica a la filosófica*. Madrid: Uned, 2013, p. 313.

42. GEHLEN, A. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*, op. cit., p. 51.

43. GEHLEN, A. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*, op. cit., p. 50.

44. CAMPILLO ÁLVAREZ, J. E. *La cadera de Eva. El protagonismo de la mujer en la evolución de la especie humana*, op. cit, p. 147.

45. CAMPILLO ÁLVAREZ, J. E. *La cadera de Eva. El protagonismo de la mujer en la evolución de la especie humana*, op. cit, p. 147.

46. GEHLEN, A. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*, op. cit., p. 51.

del ser humano no debe reducirse a la salida del útero materno, y ni siquiera a “los cuidados de la madre, sino también el contacto comunicativo con otros seres humanos, incluso la influencia estimulante indeterminada del entorno se transforman en «funciones parciales obligatorias de toda la ontogénesis»<sup>47</sup>.

Esta prematuridad se explica por las dificultades en el parto provocada por dos factores distintos pero relacionados. Por un lado, por el cambio que la postura erguida supuso para la pelvis femenina, que estrechó considerablemente el canal del parto<sup>48</sup>. Así como para la mayoría de mamíferos el parto es un proceso relativamente poco traumático, que se puede llevar a cabo en soledad sin problema, para la hembra humana el parto es un acontecimiento extremadamente peligroso. Esta complicación derivada de la modificación de la pelvis producida por el bipedismo y la postura erguida se ve reforzada por el inusual tamaño del cráneo humano, una cabeza que en los recién nacidos “es más de dos veces mayor que la cabeza de las crías de los primates más próximos”<sup>49</sup>. Así pues, frente a estas dificultades, “La solución que encontró la evolución fue la de lanzar al mundo una criatura prematura, un ser a medio hacer, con un cerebro que es apenas el veintiocho por 100 de su tamaño adulto”<sup>50</sup>, o como explica también San Martín, “La única solución evolutiva a este problema es adelantar el parto antes de que el cerebro haya crecido demasiado o se hayan consolidado las estructuras, es decir, dar a la luz una cría en estado semifetal”<sup>51</sup>.

Aquí vemos aparecer una paradoja, un círculo vicioso o virtuoso según como se mire, entre el aumento de la capacidad craneal y la dificultad del parto. Pues si el cerebro humano crece desmesuradamente para hacer frente a la situación de inmadurez de las crías humanas, dicho aumento supone, a la vez, una dificultad cada vez mayor en el parto y una inmadurez cada vez también mayor en la cría. La hembra humana, por su peculiar morfología, se ve obligada a dar a luz prematuramente, lo que a su vez conlleva que la cría humana nazca en un grado de inmadurez considerable, lo cual también “implicaba que todo el desarrollo antes y después del nacimiento era más lento en los homínidos que en el resto de los primates”<sup>52</sup>.

Esta constitutiva inmadurez biológica del ser humano y la conservación en su vida adulta de numerosos rasgos juveniles es lo que se conoce

47. GEHLEN, A. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*, op. cit., p. 52.

48. ARSUAGA, J. L. y MARTÍNEZ, I. *La especie elegida: la larga marcha de la evolución humana*. Madrid: Temas de hoy, 1998, p. 189.

49. CAMPILLO ÁLVAREZ, J. E. *La cadera de Eva. El protagonismo de la mujer en la evolución de la especie humana*, op. cit, p. 145.

50. CAMPILLO ÁLVAREZ, J. E. *La cadera de Eva. El protagonismo de la mujer en la evolución de la especie humana*, op. cit, p. 146 nota.

51. SAN MARTÍN SALA, J. *Antropología filosófica I. De la antropología científica a la filosófica*, op. cit. p. 299.

52. CAMPILLO ÁLVAREZ, J. E. *La cadera de Eva. El protagonismo de la mujer en la evolución de la*



como neotenia. Este concepto de neotenia, como explica Gehlen apoyándose en las investigaciones del anatomista Bolk, consiste en que gran parte de las especificidades humanas son “estados o circunstancias fetales que se han hecho permanentes”<sup>53</sup>. El carácter neoténico del ser humano no sólo puede comprobarse en algunos rasgos morfológicos, como la configuración de la cara humana<sup>54</sup>, sino en su comportamiento, como es la persistencia del juego y la curiosidad en la vida adulta<sup>55</sup>. Numerosos investigadores han destacado la importancia de este factor en el ser humano. F. de Waal por ejemplo afirma que “nuestro éxito como especie está ligado al hecho de haber ampliado la curiosidad y la inventiva de los mamíferos infantiles a la edad adulta”<sup>56</sup>. En la misma línea se pronuncia E. Morin, para quien “la juvenalización también trae consigo la persistencia de una afectividad infantil, (...) desarrollando entre los individuos una emotividad y una sensibilidad cada vez más grandes”<sup>57</sup>. Desde la biología S. J. Gould ha sido uno de los grandes defensores de la condición neoténica del ser humano en comparación con sus parientes cercanos como el chimpancé. Esta circunstancia nos permite seguir aprendiendo y adquiriendo nuevos hábitos durante toda o casi toda nuestra vida. Un punto en el que Campillo también conviene, destacando que “La larga niñez favorece la acomodación del organismo a un amplio rango de ambientes distintos, de circunstancias diversas”<sup>58</sup>.

No obstante, lo verdaderamente interesante y decisivo es entender cómo el ser humano adulto tuvo que hacer frente y afrontó esta situación, cómo logró compensar la prolongada y extremadamente inválida infancia de sus crías; cómo tuvo que convertirse en un ser superabundante para compensar el ser carencial que tenía como descendiente. Desde esta perspectiva, la cultura que en el siglo XIX y XX siempre era invocada como la ortopedia que corregía al enfermo ser humano, pasaría a ser un producto muy tardío respecto de potenciadores originarios como el lenguaje humano o la organización familiar humana. En este sentido, la perentoria necesidad que el *homo sapiens* tuvo de convertirse en un superlativo y esmerado cui-

*especie humana*, op. cit, p. 147.

53. GEHLEN, A. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*, op. cit., p. 117.

54. Cf. ARSUAGA, J. L. y MARTÍNEZ, I. *La especie elegida: la larga marcha de la evolución humana*. Op. Cit. p. 238.

55. Mumford por ejemplo habla de otro punto probablemente relacionado con la inmadurez del ser humano y su cuerpo: la importancia de la “disposición a saltarse las restricciones impuestas por los órganos especializados y válidos para un solo fin”, dando el ejemplo de los órganos vocales, que originalmente tenían otra función. MUMFORD, L. *El mito de la máquina*. La Rioja: Pepitas de calabaza, 2013, p. 65.

56. DE WAAL, F. *El mono que llevamos dentro*. Barcelona: Tusquets, 2010, pp. 241-242.

57. MORIN, E. *El paradigma perdido: ensayo de bioantropología*. Barcelona: Kairos, 1983, pp. 100-101.

58. CAMPILLO ÁLVAREZ, J. E. *La cadera de Eva. El protagonismo de la mujer en la evolución de la especie humana*, op. cit, p. 195.

dador y criador de su prole nos revelaría muchos secretos sobre la condición humana.

## 6. Conclusiones

No podemos avanzar más por este sugerente camino, que ha sido desarrollado en otro trabajo más extenso<sup>59</sup>. Lo que sí podemos concluir tras esta discusión y la exposición de los datos paleoantropológicos más recientes es que la comprensión del ser humano como ser carencial admite más matices de lo que pudiera parecer a primera vista. En un sentido radical y extremo, como el que Gehlen defendió (especialmente en sus primeras obras), es una concepción indefendible y biológicamente imposible. Pero en un sentido parcial, restringiendo esta condición deficitaria a las crías humanas, la tesis no sólo es defendible sino que está siendo corroborada cada vez con más fuerza por los datos científicos. Una tesis, la del hombre como ser carencial que, como decimos, debe ser necesariamente conjugada con la comprensión del hombre como ser superabundante. Pero una superabundancia que no debe entenderse como un momento posterior en el que una prótesis cultural viene a salvar a un ser previamente desvalido. No; lo que hay que entender es cómo el ser humano es carencial y superabundante a la vez. Claro que el mismo individuo no es deficitario y superabundante al mismo tiempo; pero el *homo sapiens* como especie -que inevitablemente siempre vive articulado intergeneracionalmente con sus padres e hijos, con sus antecesores y sucesores- sí es carencial (bebés y niños) y superabundante (adultos) al mismo tiempo. Creo que esta postura compleja, que intenta recoger lo mejor de las aportaciones de algunos de los filósofos más importantes del último siglo, así como hacerse cargo y aprovechar los últimos avances científicos, puede ayudarnos a entender mejor ese peculiar y fascinante ser vivo que es el ser humano.

## Bibliografía

ALONSO FERNÁNDEZ, Marcos. *El problema de la técnica en Ortega y Gasset. La técnica como realidad biológica y antropológica*. Tesis Universidad Complutense de Madrid, 2017, Eprint Ucm.

ARSUAGA, Juan Luis y MARTÍNEZ, Ignacio. *La especie elegida: la larga marcha de la evolución humana*. Madrid: Temas de hoy, 1998.

BENAVIDES LUCAS, Manuel. *De la ameba al monstruo propicio. Raíces naturalistas del pensamiento de Ortega y Gasset*. Madrid: Ediciones de la Uni-

59. Este trabajo más amplio es la tesis doctoral de M. Alonso Fernández *El problema de la técnica en Ortega y Gasset. La técnica como realidad biológica y antropológica*. Tesis Universidad Complutense de Madrid, 2017, Eprint Ucm.

versidad Autónoma de Madrid, 1988.

BLUMENBERG, Hans. *Descripción del ser humano*. Trad. Griselda Mársico. Buenos Aires: Fondo de cultura económica, 2011.

BUENO MARTÍNEZ, Gustavo. “La idea de ciencia en Ortega y Gasset”. *Basilisco* 2ª época, nº 31 (2001): 15-30.

CAMPILLO ÁLVAREZ, José Enrique. *La cadera de Eva. El protagonismo de la mujer en la evolución de la especie humana*. Barcelona: Editorial Crítica, 2007.

DIAMOND, Jared. ¿Por qué es divertido el sexo? La evolución de la sexualidad humana. Trad. Victoria Laporta. Barcelona: Penguin Debolsillo, 2007.

— *El tercer chimpancé*. Trad. María Corniero. Barcelona: Penguin Random House, 2016.

DIÉGUEZ LUCENA, Antonio. “La acción tecnológica desde la perspectiva orteguiana: el caso del transhumanismo”. *Revista de Estudios Orteguianos*, (Madrid) nº 29 (2014): 131-153.

FUENTES ORTEGA, Juan Bautista. “La teoría del origen trófico del conocimiento de Ramón Turró: un ensayo sobre su trasfondo histórico-filosófico y sus posibilidades de desarrollo teórico en el sentido de una concepción (neo) aristotélica de la vida”. *Psycología Latina*, vol. 1 (2010): 27-69.

GEHLEN, Arnold. *El hombre: su naturaleza y su lugar en el mundo*. Salamanca: Sígueme, 1980.

LASAGA MEDINA, José. “Animal humano: el paso de la técnica”. *Revista Internacional de Tecnología, Conocimiento y Sociedad*, Vol. 2, nº 1 (2013): 59-72.

MORIN, Edgar. *El paradigma perdido: ensayo de bioantropología*. Barcelona: Kairos, 1983.

MUMFORD, Lewis. *El mito de la máquina*. La Rioja: Pepitas de calabaza, 2013.

ORTEGA Y GASSET, José *Obras completas. Tomos I-X*. Madrid: Taurus, 2004-2010.

PINKER, Steven. *La tabla rasa. La negación moderna de la naturaleza humana*. Trad. Roc Filella Escolá. Barcelona: Paidós Ibérica, 2003.

SAN MARTÍN SALA, Javier. *Antropología filosófica I. De la antropología científica a la filosófica*. Madrid: Uned, 2013.

SCHELER, Max. *El puesto del hombre en el cosmos*. Barcelona: Alba editorial, 2000.

SLOTERDIJK, Peter. *Esferas III. Espumas*. Traducción Isidoro Reguera. Madrid: Siruela, 2014.

VON UEXKÜLL, Jakob. *Ideas para una concepción biológica del mundo*. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1945.

DE WAAL, Frans. *El mono que llevamos dentro*. Barcelona: Tusquets, 2010.